

Una frase oí de labios de un eminente hombre público que demuestra hasta qué punto convenció el Sr. Zulueta á sus oyentes.

—¡Ah! Si todos los españoles pensáramos como el Sr. Zulueta y obráramos de acuerdo con tales pensamientos, España sería la nación más grande, más floreciente y más rica del mundo.

Y sonste que el personaje en cuestión es conservador y no de la izquierda del partido, más bien tiene tendencia marcadísima á los ultramontanos.

**

Una coincidencia es de notar.

Mientras el Sr. Zulueta en el Congreso tenía pendientes de sus labios á todos los oyentes, un procer español, que pone por cima de su título de nobleza el de agricultor práctico y entendido pronunciaba en otro Congreso, en el de Agricultores de Segovia, un hermosísimo discurso también repleto de enseñanzas y consejos y se hacía aplaudir calurosamente por todos los que le oían.

El Conde de San Bernardo, que con razón pudiera ostentar el calificativo de profesor de Agricultura práctica, habló con la alteza de miras que todo el mundo le reconoce, abogó por los cultivos progresivos, hizo atinadísimas observaciones acerca de la pérdida que suponen las barbecheras y añadió que «las tierras que incultas ganaron nuestros antepasados á los árabes, debemos nosotros bonificarlas y hacerlas productivas.»

JUAN AGRÍCOLA podría encontrar materia para algunos de sus artículos en ambos discursos. Perdóneme si con estas frases le tiro de la lengua.

Hasta la próxima.

D.

Los Consumos

No con el deseo de mortificar ni halagar á nadie nos ocupamos hoy de este desagradable asunto; gufanos sólo el afán de excitar á quienes pueden hacerlo para que procuren evitar que por los dependientes encargados del resguardo, administración y cobranza del odioso impuesto, se empleen procedimientos de violencia y arbitrariedad en sus funciones, como viene ocurriendo con grave falta de la personal consideración al individuo y del respeto al derecho de propiedad.

No es incompatible, para los intereses de la explotación del impuesto, el cumplimiento estricto de la ley que lo regula con los sagrados derechos del ciudadano; ni para hacer la exacción á que aquella ley autoriza, es preciso llegar á los extremos que rebajan la dignidad del hombre á la categoría de bestia, haciéndole sufrir el cruel y salvaje golpe que no puede devolver ni contrarrestar por la inferioridad de medios que siempre existe en el presente infractor, ante tres ó cuatro sayones disfrazados con el carácter de autoridad y poseídos de todos los atributos por los que ésta se significa y se impone.

Tampoco la ley puede querer nunca que lo que no sea justo pagar, se pague no obstante forzosamente.

Pero, sin embargo, lo mismo que se maltrata y se desconsidera personalmente á los hombres, se hacen á los que son contribuyentes exacciones que éstos no pueden evitar aunque razón les asista.

Hay de ello bastantes casos, que si fuera preciso, á algún fin, citarlos y demostrarlos, los demostraríamos; por hoy, y para el objeto que nos proponemos, nos basta con lo dicho, aunque nos teme-

mos que mientras que al frente del servicio del resguardo permanezca un individuo que se halla sometido á un procesamiento por creerle autor de delito ejecutado con motivo del cargo que ejerce, causa bastante para que hubiera cesado en él hace ya mucho tiempo—no se demostrará por el arrendatario ningún deseo de poner fin á muy lamentables tropelías que—aunque otra cosa se permita suponer—pudieran ser causa de algún grave disgusto.

Agrícolas

Héroes que más admiro. Los que luchan por lo imposible. NÚÑEZ DE ARCE, De la acción íntima.

Valencia, Palma, Gijón, Manresa, Segovia y otra multitud de poblaciones anuncian la inclusión entre sus festejos de certámenes de Agricultura. Córdoba acaba de celebrar su Exposición Agrícola provincial. A ella han concurrido, además de todos los productores de la provincia cordobesa, la casi totalidad de las casas que en España se dedican al comercio de maquinaria agrícola. Ha sido un éxito brillante en toda la extensión de la palabra.

En *La Tribuna*, de Ciudad-Real, leo: «Preliminares de Feria:

Las explicaciones del Sr. Alcalde y la forma de allegar recursos, ora interesando la cooperación del comercio, ora la de otras entidades locales, etc. etc., fueron aprobadas por la reunión, en la que se expusieron algunas loables iniciativas, entre ellas la de celebrar una *Exposición Agrícola.*»

En Valdepeñas ¡Nadal Para los señores que aquí pueden (y por lo visto *no quieren*) los labradores valdepeñeros son tan perfectos en el conocimiento de la Agricultura y están tan adelantados, han progresado tanto en los medios de cultivo y en la industria agrícola, que no necesitan ni enseñanzas, ni modelos extraños.

Gracias por la parte alicuota que de tal concepto pudiera corresponderme, pero más de agradecerles hubiera sido algún hecho práctico en tal sentido. El concepto, si así lo tuvieran, nos honra, el certamen nos hubiera enseñado y ya es muy vulgar aquello de «el saber no ocupa lugar». Además que no me parece sea incompatible tan buen concepto con el deseo de ilustración y el afán de aprender.

Verdad es que si en Ciudad-Real se lleva á la práctica el pensamiento, los que en Valdepeñas pueden (y que por lo visto, *no quieren*) podrán decirnos: Bien cerca lo tenéis, labradores, el que quiera estudiar y aprender que vaya á Ciudad-Real. Y el que no se conforma es por que no quiere.

Hoy Ciudad-Real; mañana le seguirán Manzanares, Daimiel, Almagro y demás pueblos de la provincia y cuando hasta el Pozo de la Serna haya incluido entre sus festejos los concursos agrícolas, entonces... entonces, se nos dirá ¡como hemos de imitar á las aldeas! y seguiremos imitando al tenor de la zarzuela.

La Bruja en el aria de entrada,

Todo esta igual parece que fué ayer.

Parece que fué ayer cuando se fundó la villa de Valdepeñas; no, ya es ciudad, algo hemos adelantado. En título y honores hemos subido, en lo demás quizás vayamos atrasando.

¡Cuándo nos convenceremos de que la política es buena en las calles y casinos, y mala, y ponzoñosa en sumo grado, en las corporaciones populares! ¡Cuándo se-

remos todos más valdepeñeros y menos políticos! ¡Cuándo, tras la noche de tantos años, ha de venir la aurora, para Valdepeñas! ¡Cuándo pensamos, ó mejor dicho, piensan, que Valdepeñas entre en el concierto de los pueblos progresivos!

¡Tan grandes fuera y tan pequeños dentro!

JUAN AGRÍCOLA.

DE UNA CORRESPONDENCIA

(Fragmento histórico)

Quando me lo contó Carmen me eché á reír; te digo que fué un caso graciosísimo... es decir, graciosísimo para nosotros, porque á Pepita, maldito la gracia que le haría... Tú ya la conoces: ahora es otra, es decir quiere ser otra porque el desengaño la ha agobiado. ¡Si tú la vieras! está atróz, te digo que atróz.

Tú la conociste en sus buenos tiempos. Entonces era la reina de la moda. Pepita de Galvez... oss... Pepita, la encantadora Pepita. Hombre, recuerdas cuando en el baile de los Campo Florido, se peleó Enriquez con aquel imbecil de vizconde?... sí hombre, recuerdas aquella célebre *Mazurka* de la Peña... recuerdas aquella noche la suprema indiferencia de la niña en cuestión. Te lo digo porque te llevaste unas soberbias calabazas en la segunda *quadrille*. Yo, recuerdo que la defendías; querías rodearla de una aureola de romantecismo así... ¡no se como decirte! en fin que disculpabas un supremo desdén y su estúpida fatuidad. ¡Como me hacías reír chico!... Se que estás impaciente por tu antigua desdeñosa ¿verdad? ¡á que sí! Pues oye... Te advierto, que no hablo yo; habla Carmen Aldeta... y ya la conoces... sé lo que vas á preguntarme... sí, chico, sí... la misma, es decir más picante si cabe... bien que es una criatura que me encanta. Empiezo á temer por mi soltería; no creas. Pero sigo querido. ¡Tú recuerdas aquel barón extranjero, que nadie conocía. Aquel de los bigotes negros, que llevaba siempre una cintita azul... Hombre sí, el que nos presentaron en Fornos cuando ascendió Fulanez.

Bueno, supongo que ya sabrás quién es. Pues Pepita fué *vencida* al fin por el extranjero es decir que se abrió incautamente como España al cartaginés. Era cosa sabida y ella misma ¡asómbtrate! ella misma se complacía enregonarlo...

Al retiro... con el barón... Al Real con el barón. Chico teníamos al barón hasta en la sopa. A todo esto su mamá contentísima. Contaba á todo el mundo los méritos y posición brillante del futuro hijo... sus posiciones en no sé dónde, ¡qué se yo!

Carmen, le llamaba el caballero de la Purísima, y con esa gracia, suya, sólo suya, le ponía en berlina á cada instante. A mí me cargaba ese hombre. Era estúpido, tonto, y no hablaba media palabra. Luego, á mí me daba en la nariz aquella baronía... no sé por qué, pero me daba.

La boda era comidilla de todos los salones. Pepita con el dote hecho; la mamá urdiendo el día, y el barón cada vez más serio... No te rías hasta el final.

Recordarás que por entonces vinieron aquí los Reyes de Portugal... ¿dónde estabas tu entonces...? estabas ahí ¿verdad? Bueno; pues ya creo que te conté el baile, donde me conoció la hija de tu íntimo el honorable caudillo... buenas calabazas, chico. En fin la cuestión era que en Palacio hizo falta gente para las escaleras; porque ahora con esta racha de economías, hasta allí se han hecho; y como es natural echaron mano de los primeros

en quien se pensó. El Ministro de la Guerra (D. Pepe) se encargó de mandar soldados, de buena presencia... Tú me dirás que á qué viene esto. Verás.

Pepita fué con su tía; que aquella noche representó á la nobleza de buena cepa... ¡qué pergaminos! pero sigo: iba con su tía y esperaba encontrar allí á su barón... Pero ¡ca! busca que te busca, y ¡nadal! Ella estaba rabiosa, atróz... y aquí viene lo bueno, no te rías todavía...

Carmen, ese diablillo; se le antojaron unas camelias que vió en la saleta donde según te dije habían hecho con flores (y muy mal por cierto) los escudos de España y Portugal. Con el celeberrimo Pepito el Inglés; salió, por ellas, y no sé para qué bajaron al primer descanso de la escalera...

Yo acababa de recibir las calabazas que te digo, cuando viene Carmen sofocada de risa... yo malditas las ganas que tenía de broma, pero tanto me dijo que me reí ¡chico! figúrate mi asombro... ¿quieres ver al barón de la Purísima?—¡ah, ha venido?—Pues ya lo creo; ven, pero prométeme que no has de reírte... Y me lleva á la escalera... ¿quieres creerme, Paquito, que allí inmóvil, con el sombrero apuntado al brazo, y con su inmensa peluca estaba el barón...?

Se enteró todo Madrid, le vieron todas las pocas amigas que allí hubo... excuso decirte, Pepita, sofocada, nerviosa... ni al buffet aguardo... En un mes no se la vió en la calle.

¿Y sabes quién era su barón?

Un guardia civil, listísimo, que no se cómo se las compuso para tomarle el *cheven*. Te advierto que es histórico, pero el pobre tuvo mala sombra... mira tú que corresponderle ir á palacio...

IVÁN ANDRÉS WICH.

Quejas del vecindario

Ya en nuestros anteriores números trasladábamos al Sr. Alcalde la queja de varios vecinos de la calle de Batañeros, respecto al lastimoso estado en que ya hace tiempo se encuentra dicha vía, interrumpido el tránsito por el aglomeramiento de piedras destinadas á un arreglo que Dios sabe cuando llegará.

De nuevo y á ruegos de dichos vecinos acojemos tan razonables quejas que trasladamos á nuestra autoridad municipal, en espera de que por esta vez tendremos más fortuna que la primera.

**

Varios vecinos de la calle de la Princesa se nos quejan del pésimo estado de la misma, diciéndonos que tan abandonado se encuentra por el municipio el centro de dicha calle, que se producen á la más insignificante lluvia verdaderos fangales, de los que es preciso para salir *saber volar* (frase literal de nuestros visitantes.)

**

También, y refiriéndonos al reloj de la torre, hacíamos notar la imposibilidad de descifrar la hora, debido al calor que por las inclemencias del tiempo y el poco cuidado que con ello se tiene, han tomado sus esferas.

Rogamos á quien corresponda, procure comprobar nuestro dicho (tarea fácil) y... á ver si alguna vez podemos enterarnos de la hora en que vivimos.

**